

FILOSOFÍA DE LA CULTURA MATERIAL E HIBRIDACIÓN ENTRE HUMANOS Y AMBIENTES. UN ESBOZO INICIAL DEL ÁMBITO DE INTERROGACIÓN

PHILOSOPHY OF MATERIAL CULTURE AND
HYBRIDIZATION BETWEEN HUMANS AND
ENVIRONMENTS. AN INITIAL SKETCH OF THE FIELD OF
INTERROGATION

Diego Parente¹
CONICET / Universidad Nacional de Mar del Plata

Resumen:

El objetivo fundamental de este trabajo es presentar de manera introductoria y esquemática un diagnóstico y un mapa conceptual inicial que programáticamente conduzca a la elaboración de una

¹ Investigador independiente (CONICET) y profesor regular del Departamento de filosofía (Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina). Especialista en problemas de filosofía de la técnica. Ha publicado los libros *Artefactos, cuerpo y ambiente. Exploraciones sobre filosofía de la técnica* (2016) y *La naturaleza de los artefactos. Intenciones y funciones en la cultura material* (2015). Ha dirigido varios proyectos de investigación, entre ellos el PICT Agencia “La naturaleza del ambiente artificial: problemas antropológicos, ontológicos y políticos en la actual discusión de filosofía de la técnica”. Ha dictado, además, cursos de grado y postgrado sobre temas del área.

teoría de la hibridación entre humanos y ambientes artificiales. Con este objetivo, la primera sección de este trabajo procura mostrar la necesidad de pensar una filosofía de la cultura material como modalidad particular de hacer filosofía de la técnica en un marco post-antropocéntrico y naturalista. La sección 2, por su parte, introduce una serie de palabras clave de un programa destinado a conformar una teoría de la hibridación, y contrasta dicho vocabulario con aquel provisto por las líneas hegemónicas en filosofía de los artefactos. Por último, se presentan algunas consideraciones finales sobre los desafíos de un programa de investigación de estas características.

Palabras Clave: Cultura material - Hibridación - Ambiente - Artefacto

Abstract:

The main objective of this paper is to present, in an introductory and schematic way, a diagnosis and an initial conceptual map that programmatically could lead to the elaboration of a theory of hybridization between humans and artificial environments. With this aim, the first section of this paper seeks to show the need to think a philosophy of material culture as a particular modality of doing philosophy of technology in a post-anthropocentric and naturalistic framework. Section 2 introduces a series of keywords of a program aimed at shaping a theory of hybridization, and contrasts this vocabulary with that provided by the hegemonic lines in the philosophy of artifacts. Finally, we offer some final considerations on the challenges of such a research program.

Keywords: Material culture - Hybridization - Environment - Artifact

INTRODUCCIÓN

¿Por qué “filosofía de la cultura material”, y no filosofía de la técnica? ¿Qué tiene de nuevo este rótulo y qué vocabulario permanece en sus indagaciones? Un diagnóstico inicial podría afirmar que efectivamente la noción misma de filosofía de la técnica está hoy en día desdibujada en parte debido al *continuum* de problemas, temas, autores, inquietudes, que comparte con otras disciplinas filosóficas y no filosóficas. Pero, al mismo tiempo, esta borrosidad del campo convive con cierta persistencia de intereses y de preguntas convergentes: ¿qué es lo artificial, y qué es lo natural? ¿Está la tecnología cargada de valores? Si así fuera, ¿qué valores expresa? ¿Qué tipo de conocimiento involucra la acción de diseñar y construir un artefacto? ¿Qué es la agencia humana, especialmente considerando que siempre la hallamos ensamblada con componentes artificiales?

En cuanto a sus antecedentes, la idea de comprender a la filosofía de la técnica como *filosofía de la cultura material* no es completamente novedosa. Broncano sugiere que Walter Benjamin fue el primero en exhibir esta sensibilidad para leer la cultura en clave materialista (también podríamos agregar allí a Simmel y Kracauer). Intentos posteriores más sistemáticos se pueden leer en Preston (2013) y Broncano (2020). En el caso de Preston, su intento de constitución de una filosofía de la cultura material corporizado en su libro *A Philosophy of Material Culture*, si bien es original y valioso conserva un sesgo de vocabulario “textualista”, es decir, una focalización en los artefactos como objetos funcionales que deben ser inscriptos, descifrados, re-significados, etc.² Esa matriz textualista que convierte a los artefactos en un tipo peculiar de “texto” desestima la esfera material de las prácticas técnicas y termina ciñendo la pregunta ontológica por los artefactos y sus

² De hecho, el subtítulo de ese libro es precisamente *Action, Function, and Mind*, tres palabras clave dentro de la denominada “filosofía de los artefactos”, tal como veremos en la siguiente sección.

modos de existencia a un subtipo de problema semiótico. El otro antecedente visible de un proyecto de filosofía de la cultura material se da con la propuesta de Broncano (2008, 2012 y 2020), que no es solo una teorización sobre la cultura material sino también, forzosamente, sobre los modos históricos de percepción y de sensibilidad mediados por artefactos, sobre la agencia humana y no humana, sobre el carácter constitutivo de las prácticas, es decir, un tipo de interrogación transversal que bebe de campos disciplinares distintos. Este artículo procura insertarse dentro de ese valioso campo recortado por el filósofo español.

Ahora bien, aquí cabe preguntarse: ¿cómo superar los límites del textualismo que caracteriza al debate de Delft y que sigue vertebrando, pese a sus buenas intenciones, a la mayoría de los interlocutores de la discusión presentada por Preston (2013)? La respuesta es a través de una teoría de la hibridación entre humanos y ambientes. Esta última implica una contaminación entre los dos componentes que se hallan en interacción. Los objetos técnicos se contaminan de agencia al entrar en contacto con ensambles y grupos humanos hasta el punto de que pueden atravesar procesos de concretización o abstracción, tal como sugiere Simondon. En paralelo, los humanos se contaminan de aquello que los objetos técnicos le permiten hacer y de las nuevas constricciones que por su misma forma imponen en su esfera de percepción, acción y planificación. Una teoría de la hibridación supone que debemos comprender la vida humana en términos de una articulación simbiótica con nuestros objetos y sistemas técnicos (Broncano, 2012). Somos simbioses en el sentido en que nuestras formas agenciales básicas están ensambladas con entornos que construimos y nos co-constituyen.³ Si bien el alcance de esta reflexión sobre la

³ Al respecto Sutton y Keene sostienen: “To understand the mind, we thus have to understand its media and materials, for in certain circumstances, things can have a cognitive life; while to understand material culture in action, we must reciprocally understand the sensing, feeling, thinking agents who make it, use it, and are in turn transformed by and with it” (2015: 215).

hibridación entre humanos y ambientes artificiales es más amplio que una filosofía de la técnica tradicional, lo cierto es que los objetos que se pueden iluminar en este marco son los mismos que la tradición disciplinar ha evocado insistentemente: represas hidroeléctricas, martillos, bastones, destornilladores, trenes, máquinas de escribir.

El contexto reconstruido previamente sugiere que hay buenas razones para enlazar las reflexiones filosóficas sobre la cultura material y los intentos de una sistematización teórica de la hibridación entre humanos y ambientes artificiales. Comprender a la filosofía de la técnica como *filosofía de la cultura material* exige una reflexión teórica sobre ese tipo de hibridación. En este marco, el objetivo fundamental de este artículo es presentar de manera introductoria y muy esquemática un diagnóstico y un mapa conceptual inicial que programáticamente conduzca a la elaboración de un marco teórico que oriente la reflexión sobre la hibridación entre humanos y ambientes artificiales. Con este objetivo, la primera sección de este trabajo procura mostrar la necesidad de pensar una filosofía de la cultura material como modalidad particular de hacer filosofía de la técnica en un marco post-antropocéntrico y naturalista. La sección 2, por su parte, presenta una serie de palabras clave de un programa destinado a conformar una teoría de la hibridación, y contrasta dicho vocabulario con el provisto por las líneas hegemónicas en filosofía de los artefactos. Por último, se presentan algunas consideraciones finales sobre los desafíos de un programa de investigación de estas características.

1. ¿EN QUÉ SENTIDO ES NECESARIA UNA FILOSOFÍA DE LA CULTURA MATERIAL?

Hay dos aporías que resultan relevantes para mostrar la necesidad de una filosofía de la cultura material en sentido propio. La primera de ellas es la insuficiencia de la noción de *función* para

cubrir satisfactoriamente un abanico de problemas genuinos concernientes al área. La segunda se relaciona con la insuficiencia de las concepciones antropocentradas sobre los artefactos que –al pensarlos siempre en términos de construcciones humanas o *cosas-dependientes-de-humanos*- impiden captar ciertas propiedades inmanentes de los objetos y sistemas técnicos. El campo abierto por la filosofía de la cultura material en el sentido aquí propuesto procura superar en cierto modo estas dos limitaciones.

1.1. INSUFICIENCIA DE LA NOCIÓN DE FUNCIÓN: LOS ARTEFACTOS TIENEN FUNCIONES PERO NO SE AGOTAN EN ELLAS

No hay una sola forma de hacer filosofía de la técnica. En cierto modo, el campo disciplinar es heterogéneo y está marcado por la diversidad de prismas, metodologías y conceptos. Una primera forma que, en cierto modo, tuvo hegemonía durante el siglo XX es el formato de una *macroteoría*. En este sentido, la técnica es concebida como una época, un modo histórico global. Mumford, Heidegger, Jünger, Ellul, la Teoría Crítica, ofrecen -aunque con diverso contenido y orientación- macroteorías que se acoplan a esta forma de pensar la disciplina. La técnica aparece en estos casos enmarcada en una macronarrativa que permite explicar cuestiones sociales, políticas e históricas de gran calado.

Una forma de hacer filosofía de la técnica que contrasta claramente con la anterior es la “filosofía de los artefactos”. La discusión contemporánea hegemónica en nuestro ámbito se dio mayormente en la primera década del siglo XXI a través de un núcleo de discusiones surgidas a partir del denominado *Dual Nature Program* de la Universidad de Delft y sus impactos en la filosofía analítica (Kroes y Meijers, 2002; Houkes, 2006; Hilpinen, 1993; Thomasson, 2007; Preston, 1998; Baker, 2007; Elder, 2007). Dicha discusión fue mayormente de orden ontológico y epistemológico e incluyó tensiones entre posiciones intencionalistas, reproductivistas, realistas y antirrealistas, entre otras (Parente y

Crelier, 2015). Al mismo tiempo cubrió un espectro de posiciones que van desde la metafísica analítica hasta las teorías ingenieriles de la escuela de Delft.

La *koiné* de dicho debate está materializada en una aproximación a los artefactos en cuanto objetos *funcionales*. Esta mirada ha conducido a concentrar buena parte de la discusión en las *funciones técnicas* de los artefactos (Houkes y Vermaas, 2010; Kroes, 2012; Preston, 2000). Con menor o mayor explicitud, una gran parte de los animadores del debate ofrecen teorías sobre las funciones técnicas. De manera natural, la discusión se ha nutrido de una amplia base bibliográfica previa sobre funciones provenientes de la filosofía de la biología (Wright, 1973; Cummins, 1975; Griffiths, 1993; Millikan, 1999). Esto no es, en sí mismo, una limitación, pero deberíamos admitir que el debate de funciones cubre solo una parte bastante restringida de la agencia de los artefactos, que -como veremos en este trabajo- bien podría ampliarse si se recurriera a distintas conceptualizaciones provenientes de las teorías de la cultura material.

En este sentido, el debate de “filosofía de los artefactos” quedó naturalmente encorsetado alrededor de formas de agencia humana, y en particular centrado en algunas formas específicas de dicha agencia (especialmente, las del diseñador, ingeniero, situado en un marco de producción industrial). Sin duda, estas aproximaciones son valiosas pero cubren solo una parte bastante pequeña de lo que entendemos como cultura material y reproducción de prácticas. Un problema derivado de esta focalización en las funciones por parte de la filosofía de los artefactos es que dicha orientación piensa la agencia como una cuestión exclusivamente restringida a los individuos humanos. En algunos casos más radicales, entre ellos el intencionalismo “fuerte” (Baker, 2007; Thomasson, 2007; McLaughlin, 2003), la restricción se hace más explícita en la medida en que las acciones que cuentan para el análisis son solo aquellas acciones intencionales llevadas adelante por diseñadores.

De tal modo, el debate de filosofía de los artefactos quedó signado por una idea de artefacto como unidad aislada y, en todo caso, vinculada de manera bastante abstracta con sus usuarios, esto es, no enfatizó en un plano histórico las operaciones que se requerían para el sostenimiento de una función, las operaciones relevantes desde un punto de vista evolutivo. En resumen, el apoyo de la filosofía de los artefactos en la cuestión de las funciones técnicas ha llevado a que se centre principalmente en formas de agencia humana, frecuentemente individuales y supeditadas en última instancia a la figura de un diseñador. Esta es una limitación que debería ser considerada como tal.

En paralelo, la discusión enmarcada en esta “filosofía de los artefactos” quedó restringida a una aproximación a los artefactos en cuanto objetos *funcionales*, concebidos prioritaria y casi exclusivamente a partir de su dimensión de *uso*. Sin embargo, esta hegemonía de la dimensión del uso desestima una parte fundamental de nuestras relaciones genéricas con el ambiente, y olvida el enorme y heterogéneo entramado de vinculaciones con artefactos en el marco de una determinada cultura material.

¿Cómo son nuestras relaciones con el ambiente técnico? En principio una etnografía mínima sobre nuestras prácticas nos muestra que son múltiples y heterogéneas, lo cual atenta contra la visión unilateral que sugiere pensarlas solo como “prótesis”, o solo como “extensiones”, o solo como “suplementos”. En algunos casos nos relacionamos con objetos que transforman la composición material del mundo ampliando frecuentemente prestaciones de fuerza de nuestro cuerpo (como en el caso de un martillo o una excavadora mecánica). En otros casos, utilizamos ciertos mediadores técnicos para percibir el ambiente, como unos anteojos o unos audífonos, cuya realización no altera la composición material del mundo al menos en el sentido anteriormente indicado. Si bien estos dos casos podrían ser sumergidos bajo la categoría de “uso”, claramente remiten a dos instancias no homologables.

Algo similar sucede cuando pensamos en el rol que cumplen ciertos artefactos como la ropa, que no solo contribuye a protegernos del frío sino que funciona como un demarcador de estatus social o de identidad, y cumple de tal modo un rol simbólico (por ejemplo, una ropa de la marca Z). También mantenemos con nuestro ambiente técnico relaciones de reparación, mantenimiento y preservación de artefactos. Los objetos técnicos, como los organismos, exhiben un modo de existencia precario que requiere constantemente intercambio con el ambiente y, con distintos grados e intensidades, algún tipo de modulación orientada a fines para preservar su estructura (Jonas, 1968). Estas relaciones, que podríamos denominar “estabilizadoras”, no pueden integrarse tampoco a nuestra categoría tradicional de “uso”. En este sentido, uno de los fenómenos más atractivos para el análisis en este campo es el fallo: el artefacto que “funciona mal”. El fallo es parte esencial de nuestra interacción con el mundo artificial. Como bien señalan Carroll *et al* (2017), el fallo, el malfuncionamiento de las cosas técnicas, existe como un espacio rico para el desarrollo de nuevas relaciones sociales. En contraste con la ontología de los artefactos derivada de la escuela de Delft, una genuina filosofía de la cultura material requiere una etnografía de lo que, ocasionalmente, los artefactos *no hacen*, es decir, una etnografía del fallo. Esta etnografía se integra naturalmente a una teoría sobre la agencia de los artefactos. En cierto modo el debate en torno a la filosofía de los artefactos ha abordado este tema con su idea de malfunción (*malfunction*) dando lugar a la idea de que el fallo no afecta la naturaleza *funcional* de los artefactos sino que la reafirma (Baker, 2007). Sin embargo, en ese contexto de discusión no se han indicado las dificultades para señalar las condiciones normativas que permiten hablar de malfunción en el marco de una cultura técnica concreta. Efectivamente, como señalan Carroll *et al* (2017), el fallo surge cuando un objeto técnico se comporta de modos distintos a los previstos por el individuo o grupo social, pero los márgenes para entender cuándo un artefacto malfunciona o funciona

correctamente no están predeterminados por el mismo objeto, y no pueden entenderse por fuera de prácticas densas de reparación, mantenimiento y estabilización. Otra relación no subsumible dentro de la categoría hegemónica de uso es la relación de *fetichización* de los objetos (Fausto, 2020) o su rol afectivo (Piredda, 2020). Por ejemplo, un cierto anillo guardado en un cajón funciona principalmente en su carácter de índice en la medida en que se lo conserva y sirve para recordar un evento del pasado o una persona importante en nuestras vidas. Es evidente que el anillo guardado en el cajón no está siendo “usado” en el mismo sentido que un martillo o un teléfono celular, o un anillo exhibido en nuestro dedo (Turkle, 2007).

En resumen, nuestros modos de relacionarnos con el ambiente artificial son múltiples, heterogéneos y no parecen ser subsumibles bajo la idea de uso, tal como aparece en el debate de filosofía de los artefactos. Esta última, si bien no lo presenta de manera explícita, supone que la idea de *uso* es esencial, es más primordial que cualquier otro tipo de relación con el mundo artificial y en cierto modo absorbe al resto de las relaciones posibles. Sin embargo, si consideramos estas prácticas densas de relaciones con el mundo técnico estructuradas en torno a la reparación, el mantenimiento y la preservación de artefactos, así también como su rol de simbolización, resulta difícil aceptar que la categoría estándar de uso cubra de manera exhaustiva este abigarrado conjunto de relaciones. En paralelo, tampoco podemos aceptar que la noción de función agote el ámbito del uso y, por tanto, la naturaleza esencial de los artefactos. En otras palabras, hay cierta insuficiencia en la noción de función para dar cuenta del complejo entramado híbrido de prácticas que constituyen el despliegue de una cultura material.

1.2. INSUFICIENCIA DE LAS CONCEPCIONES ANTROPOCENTRADAS: LOS ARTEFACTOS SON “PRODUCTOS HUMANOS” PERO UNA CARACTERIZACIÓN ONTOLÓGICA LIMITADA A ESA CONDICIÓN ES INSUFICIENTE

La vida de una cultura material involucra un *continuum* de prácticas que involucran a agentes humanos, no humanos y aspectos ambientales de diverso tipo. Una especie de entramado o enjambre de agencias y de escalas heterogéneas moviéndose en temporalidades diversas. Uno de los principales desafíos en el proyecto de elaboración de una teoría de la hibridación enmarcada en la filosofía de la cultura material consiste en diferenciar, dentro de este *continuum*, dos planos de análisis, captar sus intersecciones y las dificultades que puedan presentar en cada caso.

Un primer plano de análisis ya ha sido trabajado *in extenso* por las ciencias sociales (Schatzky, 1996), aunque quizás no ha sido aún sistematizado con claridad en el ámbito específico de la filosofía de la técnica. Es aquel que comprende la exploración de las relaciones entre artefactos, habilidades y prácticas.

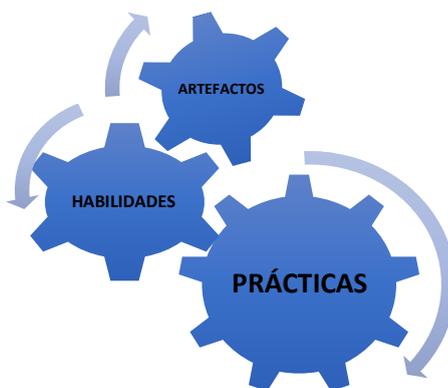


Figura 1.
Entrelazamiento inherente entre artefactos, habilidades y prácticas

Los insumos para este tipo de indagación no han surgido estrictamente de la filosofía de la técnica sino, más bien, de disciplinas volcadas a entender el despliegue de las habilidades de un organismo en su ambiente: la fenomenología y la postfenomenología, las teorías de cognición distribuida, extendida y andamiada, entre otras. Estos enfoques, en menor o mayor medida, conservan un foco antropológico evidente pues naturalmente sitúan a los humanos en un rol protagónico como soportes del *know-how* que orienta las actividades que involucran a objetos técnicos.

El segundo plano de análisis remite a un fenómeno que aún tiene un lugar marginal dentro de la tematización filosófica de la técnica: el plano de la *interobjetividad*, es decir, las relaciones intercósicas o implicaciones entre diversos artefactos dentro de un sistema. Como se señaló antes, las distintas disciplinas filosóficas han elaborado muchas variantes en torno a la relación entre humanos y artefactos (por ejemplo, la fenomenología y postfenomenología son ejemplos paradigmáticos de tratamientos en perspectiva de primera persona), y también entre tecnología y sociedad (vínculo del cual surgen los múltiples determinismos) pero la relación misma *entre las cosas técnicas* ha quedado mayormente en un segundo plano. Para ilustrar con más precisión esta idea de interobjetividad es imprescindible acudir aquí a un caso específico de ítem de cultura material. Pensemos, por ejemplo, en las monedas de metal. En cuanto objetos técnicos ellas constituyen ciertas prácticas humanas de intercambio, negociación y, en términos generales, organización de la vida pública. Afirmar que las monedas son ítems definidos por su uso, afirmar que su función propia se agota en la mediación de las relaciones económicas entre individuos, significa atender solo a una parte de la dinámica de ese objeto en el despliegue activo de una cultura material. Por un lado, las monedas “hacen cosas” en varios niveles agenciales al mismo tiempo: sirven como mediadores de comercio, hacen peso en el

bolsillo de quien las posee, transmiten la imagen del rostro de un prócer en territorios distantes, funcionan como objetos de colección, traccionan una industria del metal y de la extracción minera concomitante, entre otras prácticas. Como hemos sostenido en otra parte (Parente y Vaccari, 2022), estas realizaciones heterógenas de las monedas no caben ciertamente en la noción restringida de “función” que caracteriza al debate contemporáneo. Por otro lado, contra cualquier lectura atomista de su agencia, la efectividad real de las monedas en cualquiera de los planos que hemos descrito tiene que ver no solo con intenciones, usos, representaciones o simbolizaciones humanas, sino con su articulación apropiada con otros elementos no humanos: bienes de intercambio, monederos, metales, hornos de forja, sellos, etc. Es decir, hay todo un conjunto de no-humanos que entra en relaciones de codependencia con las monedas dando lugar a una suerte de coevolución que convierte una línea evolutiva individual en algo altamente dependiente de otra línea evolutiva (Kirsh, 2010). La eficacia de las monedas como instrumentos de intercambio está atada a la disponibilidad de estos otros elementos materiales y a las prácticas a las que ellos están vinculados. Si quitáramos uno de estos elementos, la eficacia del artefacto “moneda” se vería necesariamente afectada. Esto es así porque, en general, la eficacia de los medios materiales no está asegurada por su propia materialidad sino por la reproducción de las prácticas apropiadas, las cuales incluyen, por supuesto, interacción con un cierto mundo material, pero también agentes humanos, *know-how* particulares y vínculos de codependencia entre objetos cuyo entramado no podemos comprender con una aproximación “humanista” restringida.

La interobjetividad es precisamente este ámbito más amplio dentro del cual los artefactos logran “funcionar”. Naturalmente este territorio no fue visitado por la línea de investigación hegemónica en filosofía de los artefactos, claramente orientada a pensar en dichos objetos en términos de “productos intencionales”. De

manera tácita, los planteos derivados del debate de la escuela de Delft promueven la idea humanista de que los artefactos se agotan en el hecho de ser “productos” humanos, constitutivamente atados a ellos en su génesis, funciones, realizaciones y deriva evolutiva.

El ámbito de investigación de la interobjetividad se ha visto claramente reforzado durante los últimos veinte años por la emergencia del denominado “giro ontológico” en ciencias humanas y sociales, un conjunto de posiciones heterogéneas que integra a la “ontología orientada a objetos”, la teoría sociológica del actor-red, y ciertas teorías antropológicas y arqueológicas (Descola, Ingold, Viveiros de Castro, Malafouris, Hodder). Estas perspectivas pueden asociarse coherentemente con otras posiciones que comparten un espíritu postantropocéntrico y antidualista, tales como las teorías feministas posthumanistas y materialistas, y las teorías immanentistas sobre el modo de existencia de los objetos técnicos. En el ámbito de los estudios CTS, así también como en filosofía de la ciencia, los teóricos de los sistemas tecnológicos (desde Hughes a Vincenti) fueron sensibles a esta dimensión de la interobjetividad.

El reconocimiento de la validez de esta dimensión interobjetiva tiene implicaciones muy relevantes para nuestro campo disciplinar. A nivel metodológico, el giro ontológico obliga a repensar la legitimidad y utilidad de ciertas unidades de análisis estándar. A nivel de su contenido nos desalienta explícitamente a aceptar una teoría sobre los artefactos que se encuentre limitada al laberinto de las representaciones humanas. Por el contrario, una auténtica aproximación a la interobjetividad debe tomar un punto de vista *weird*, enrarecido, que nos obligue a dar cuenta de las relaciones entre objetos independientemente de los usos, intenciones o representaciones humanas. Morton se refiere a este plano cuando afirma que objetos como “las bombitas de luz, el microondas, los cables, las tres computadoras, los paneles solares y los enchufes están distribuidos de tal manera que la energía circula entre ellos de la manera más pareja y equilibrada posible. Si

estuvieran dispuestos de otro modo –si el circuito estuviera en serie en lugar de estar en paralelo- funcionarían de un modo muy distinto: algunos dispositivos no serían operativos y habría muchas posibilidades de que algunos otros se quemaran” (Morton, 2018: 142).⁴ También hallamos relaciones interobjetivas entre el papel, la tinta y el bolígrafo, entre una piedra y un mortero, o una tabla y un percutor.⁵ El hecho de que haya operadores humanos alrededor no elimina el ajuste interobjetivo de estos elementos. De tal modo, la interobjetividad no implica en ningún sentido relevante intenciones, proyecciones, representaciones o simbolizaciones humanas.

Estas relaciones intercósicas no son analizadas estrictamente por los tratamientos que se concentran en la vinculación entre humanos, artefactos y habilidades. Lo mismo ocurre con otras perspectivas para las cuales las cosas técnicas se nos aparecen como una suerte de “espejo” (objetivaciones, mediaciones) que nos devuelve siempre una “mirada humana”, es decir, nos muestran qué hay de nosotros en ellas, y cómo ellas dependen esencialmente de nosotros, una tesis especialmente visible en la noción de “proyección orgánica” de Kapp (2018), en la de “exteriorización” de Scarry (1985) y, no sin ambigüedad, en la idea de *objetivación* de D. Miller (2005).

⁴ Aquí es importante destacar que estos sistemas interobjetivos no son completamente equivalentes a los “sistemas sociotécnicos” que postula con insistencia el constructivismo social, pues este tiende a hacer prevalecer en última instancia relaciones *humanas* con dichos componentes, relaciones tensivas entre grupos sociales atravesadas por “representaciones”, etc.

⁵ En cierto modo, Heidegger puede ser tomado como un antecedente genuino de este interés por lo interobjetivo. En *Sein und Zeit* (§15) se refiere a la totalidad de útiles (*Zeugganzheit*) que incluye un conjunto de herramientas, implementos, máquinas, materiales, energías y otros ítems. El uso de un útil está dirigido –y necesariamente refiere– a otro útil. En la experiencia ordinaria no hay ítems singulares o autosuficientes; el útil se encuentra siempre inmerso en un complejo remisional.

A diferencia de estos enfoques, la idea de interobjetividad no nos sirve de “espejo”, no nos devuelve la mirada, sino que más bien nos conduce a un mundo no humano, no antropomorfo y -por tanto- no antropométrico. Es dable suponer que todo objeto técnico tiene un diseño que responde a una cierta motivación humana, pero hay aspectos de las relaciones intercósicas que podemos comprender sin invocar esa tesis demandante. Es suficiente con admitir que hay acoplamientos eficaces entre componentes no humanos que se replican y persisten (Parente, 2022). En este sentido, tanto la filosofía de los artefactos en su versión intencionalista como la fenomenología y la postfenomenología revelan limitaciones para dar cuenta de estas estabilidades materiales en la medida en que ambas siguen exclusivamente atadas a análisis de herramientas antropométricas.

En resumen, esta primera sección del artículo ha intentado mostrar que el vocabulario y la estructura misma de la discusión en “filosofía de los artefactos”, su aproximación a qué tipos de relación mantenemos con el ambiente artificial, tienen al menos dos debilidades. En primer lugar, restringe la exploración ontológica al ámbito de la función acotando la pregunta a una supuesta naturaleza funcional de carácter exhaustivo. En segundo lugar, implica un enfoque antropocentrado sobre los artefactos en cuanto “productos humanos”, lo cual termina perdiendo de vista la dimensión de la interobjetividad. La siguiente sección contextualizará estos aspectos dentro de un panorama en torno a dos vocabularios en el ámbito de discusión contemporánea.

2. LA HIBRIDACIÓN ENTRE HUMANOS Y AMBIENTES: ALGUNAS PALABRAS CLAVE PARA UN PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN

En esta sección se procura ofrecer un esquema mínimo, un esbozo inicial, de una cierta teorización que permita responder, aunque sea parcialmente, a las dos insuficiencias anteriormente

señaladas. Considerando lo anterior, aquí se propone esquemáticamente y solo a manera de esbozo inicial- una serie de ejes de exploración que podrían resultar fructíferos.

El primero de ellos atañe a las relaciones intercósicas (la dimensión de la interobjetividad) y los fenómenos de codependencia, los cuales se encuentran claramente conectados con la misma idea de coevolución. Como se ha señalado en la sección anterior, estos son dos aspectos habitualmente relegados en la investigación estándar en filosofía de la técnica y son en cierto modo dos caras del mismo fenómeno de hibridación, que puede ser comprendido en términos de una dirección hacia aspectos humanos o no humanos.

El segundo eje es la dimensión temporal de hibridación entre humanos y ambientes en perspectiva coevolutiva, un eje que implica aproximarse a la relación entre las prácticas, las *affordances* materiales y los cuerpos. Como hemos planteado, ciertas teorías en postfenomenología, el enfoque enactivista y el enfoque ecológico de Gibson y sus derivas, han abordado este problema aunque quizá sin un énfasis explícito en la coevolución entre habilidades y artefactos. Una certeza es que las técnicas, los artefactos y las habilidades necesarias para efectivizar a los objetos técnicos se desarrollan al unísono. Pensemos, por ejemplo, en el ajuste entre estos elementos en el caso de la innovación del telar mecánico y su impacto en constructores y obreros. Pero también hay desarrollo de *objetos* cuyas evoluciones están ajustadas en paralelo. Si pensamos estos fenómenos en términos de espacio, podríamos hablar de un ecosistema o de una ecología de los medios técnicos, una ecología artificial (Kirsh, 2010). Las innovaciones se producen en el marco de ecosistemas que muestran paisajes de eficacia (Broncano, 2000). El desierto obtura el desarrollo de la rueda como medio de transporte, pero alienta su uso ritual o decorativo. La escasez de caballos en un cierto ecosistema artificial también produce que el mismo bioartefacto no evolucione conectado a sistemas de transporte, tal

como sí sucede en otras culturas materiales. Hay una densa vinculación entre funciones y ecologías artificiales que podría servir, actualmente, para pensar la dinámica evolutiva de otros objetos (por ejemplo, las interfaces digitales). Las innovaciones técnicas están tan interrelacionadas que se podrían describir como un sistema ecológico de artefactos coevolutivos (Ziman, 2000). Esta coevolución se puede analizar en el *intradominio* (por ejemplo, la evolución de cuchillos y tenedores, tal como estudia Petroski, 1992), o bien en el ámbito *interdominio* (el despliegue del sistema ferroviario es paralelo al del telégrafo en la medida en que este último era necesario para que fuera funcional a las comunicaciones del tren). También puede leerse en este sentido el crecimiento paralelo de las imprentas y de los anteojos, que muestran cómo los problemas de miopía surgen con la adecuación a la lectura de libros después del siglo XIV. En resumen, articular de manera consistente una lectura en estos términos coevolutivos (Fernández, 2022) es, ciertamente, un desafío que se abre para una teoría de la hibridación.

La exploración implicada en estos dos ejes supone un cambio en la modalidad de interrogación disciplinar. El *factum* que se intenta abordar teóricamente no es “la Técnica”, sino más bien las distintas modalidades de hibridación que existen entre humanos y ambientes, hibridación cuyo entramado -sin embargo- cubre buena parte de las indagaciones canónicas en el área de filosofía de la técnica y cuyos conceptos fundamentales han sido provistos por ese marco o por otras subdisciplinas que indagan tópicos cercanos (“prótesis”, “extensión”, “mediación”, “delegación”, “uso”, etc). En rigor, buena parte del debate contemporáneo en filosofía de la técnica, filosofía de la mente y antropología filosófica se ha orientado en los últimos veinte años hacia una noción anti-esencialista de humano “híbrido” o “distribuido” en su ambiente artificial. En este sentido existen, más allá de su especificidad disciplinar, varias conexiones -algunas más explícitas que otras-

Filosofía de la cultura material e hibridación entre humanos y ambientes.
Un esbozo inicial del ámbito de interrogación

entre las teorías del fenotipo extendido (Dawkins, Turner), la teoría de la agencia material (Latour, Gell, Malafouris), los distintos modelos de mente extendida (Clark, Menary, Rowlands) y enfoques cyborg (Haraway, Broncano), la teoría de construcción de nichos (Laland, Odling-Smee), la postfenomenología y el modelo enactivista de cognición y agencia (Thompson, Di Paolo). Más allá de las diferencias metodológicas y disciplinares entre los anteriores enfoques hay un par de puntos en común: su orientación antidualista y su focalización en el acoplamiento efectivo entre organismo y ambiente. En este contexto de discusión las nociones de *cyborg*, *simbionte*, *ensamble biotécnico*, *cognición / acción extendida*, *coevolución* y *ambiente artificial* han tomado un lugar preponderante (Parente y Vaccari, 2019).

A nivel de sus insumos, una exploración de esta naturaleza requiere de una impronta multidisciplinar. La antropología, las ciencias cognitivas, la arqueología, la sociología, tienen mucho que aportar a los ejes propuestos de manera inicial. El proyecto de una teoría de la hibridación entre humanos y ambientes debería estar dotado de una sensibilidad naturalista que le permita recibir e integrar críticamente estos diversos aportes empíricos.

Noción hegemónica en el debate de filosofía de los artefactos	Conceptos alineados a objetivos de una filosofía de la cultura material
artefacto	cultura material
humano (independiente de objeto técnico)	Simbionte (ontológicamente dependiente de entorno artificial)
dualismo sujeto / objeto	hibridación

<p>(el sujeto determina al objeto) <i>Instrumentalismo</i></p> <p>(el objeto determina al sujeto) <i>determinismo tecnológico</i></p>	
<p>*autonomía del individuo / heteronomía de herramientas</p> <p>*autonomía del objeto o sistema técnico</p>	<p>codependencia entre componentes humanos y no-humanos de un mismo ensamble</p>
<p>progreso técnico dirigido por humanos (enfoque instrumentalista) o progreso desbocado y completamente fuera de control (tecnología autónoma)</p> <p>*admite versiones de orientación utópica o distópica</p>	<p>coevolución</p>
<p>enfoque dualista (supone dos esferas independientes)</p> <p>mundo humano</p> <p>mundo técnico</p>	<p>enfoque monista</p> <p>ecología artificial (integra humanos y no-humanos)</p>

Figura 2.
Contraste entre algunas palabras clave de indagación

Una cuestión metodológica crucial en este punto es precisar qué tipo de movimiento al interior de la disciplina se requiere para explorar un proyecto de estas características. Efectivamente, no se trata de abrir un nuevo sub-campo de investigación sino de reintroducirse en el territorio de indagación sobre lo artificial pensando no dualistamente las categorías (mayormente dualistas) que vertebran la discusión. En este sentido se pretende generar un “paraguas” antidualista que no podría construirse a partir de los conceptos que articulan la filosofía de los artefactos estándar o las macroteorías del siglo XX sobre la técnica. Un ejemplo de trato con el vocabulario estándar podría iluminar este último aspecto. ¿Pueden los procesos de acoplamiento humano con el ambiente artificial -lo que comprendemos como “hibridación”- ser abordados apropiadamente con una terminología dualista que se reduce a distinguir solamente usuarios *activos* y objetos técnicos *pasivos* articulados por una sola dirección de determinación? Pareciera que distinguir a las concepciones tecnológicas tomando el criterio de si las tecnologías son controlables o bien autónomas (tal como sucede en Feenberg, 1999) no es satisfactorio. La imbricación producida por este proceso denso de hibridación entre humanos y ambientes artificiales torna inviable una caracterización unilateral de la tecnología como un todo dominable o como un todo autónomo. De tal modo, la categoría de “hibridación” se orienta así a excluir, simultáneamente, a dos enfoques reduccionistas todavía presentes -bajo diferentes variantes y matices- tanto en la esfera pública como en el debate más específico en filosofía de la técnica: el instrumentalismo y el determinismo tecnológico. Por un lado, el instrumentalismo supone que el artefacto es neutral, no implica valores, y no genera efectos estructurales en el usuario. El instrumentalismo mantiene, por tanto, una división fuerte entre “sujeto” y “objeto”, o -más bien- entre un usuario *activo* (independiente) y un artefacto *pasivo* (dependiente). Por el contrario, la noción de hibridación insiste en focalizar el modo bajo el cual los usuarios somos efectivamente configurados por los

medios de los que disponemos, tanto a nivel de nuestras metas y prácticas como al nivel de nuestras capacidades cognitivo-agenciales en sentido amplio.



Figura 3.
Algunos aspectos de distinción entre enfoques dualistas y la propuesta de una filosofía de la cultura material

Codependencia, hibridación, co-constitución, simbiosis: algunas de estas categorías pueden iluminar fenómenos que el vocabulario dualista de la tradición disciplinar todavía se empeña en esclarecer. La elección de estas palabras clave para afrontar desafíos de comprensión del presente no es solo una empresa intelectual restringida al ámbito de las humanidades o a la atmósfera universitaria. Las categorías que usamos para comprender el mundo permean nuestra comprensión de los acontecimientos y de algún modo viabilizan cierto acople eficaz entre nuestras prácticas y nuestros deseos. La pandemia de COVID que asoló al planeta desde el año 2020 sirve como un ejemplo de la relevancia práctica (y política) de nuestras categorías de análisis. Enfrentar una pandemia anclada en una matriz de zoonosis, es decir, en intercambios entre la esfera animal y la humana, no implica solo explorar un vínculo entre individuos situados en una sola

escala y un solo tiempo. Por el contrario, una comprensión suficientemente rica del virus COVID (una que permita derivar algún tipo de política eficaz para su tratamiento) supone elaborar un vocabulario sensible a descifrar las capas biológicas, tecnológicas, sociales, infraestructurales, de transporte y de globalización, que permiten la emergencia de un fenómeno de estas singulares características. Una mirada sistémica sobre el fenómeno no se agota en estudiar la estructura molecular del virus, sino en explorar la ecología artificial híbrida de humanos, animales, aviones, tests de PCR, sistemas de salud, barbijo-prótesis, que permite su persistencia global. En este sentido una teoría de la hibridación, además de comprender una ecología artificial de humanos y no-humanos en un sentido latouriano, debería también tener sensibilidad para distinguir entre ensambles, temporalidades y escalas de magnitud heterogéneas (DeLanda, 2021). En definitiva, no se trata solo de una batalla “teórica” entre vocabularios: el trasfondo es ni más ni menos que la necesidad de comprender mejor un mundo que aúna virus, algoritmos, calentamiento global, extractivismo, escalas de tiempo y espacio muy distintas. La mejor manera de hacerlo, según el recorrido aquí sugerido, es promover una interpretación no dualista que piense en los distintos tipos de agencia humana y no humana que se entrelazan en cada fenómeno. Todo esto sin perder de vista que los humanos disponen de una capacidad de agencia y de planificación que podría, una vez que se integre a un diagnóstico apropiado y comprensivo, alterar algo en esta maraña de individuos, sistemas y escalas heterogéneas.⁶

⁶ En este sentido es llamativo observar que posiciones como las de Viveiros de Castro y B. Bratton, tan distantes en cuanto a sus objetivos y perfiles ideológicos, coinciden en utilizar un vocabulario no antropocentrado, o menos antropocentrado que el tradicional, a fin de comprender mejor el mundo artificial de siglo XXI.

CONSIDERACIONES FINALES

El argumento desarrollado en las secciones previas sugiere que la hegemonía de la “filosofía de los artefactos” durante el siglo XXI y de las macroteorías durante buena parte del siglo anterior ha conducido a descuidar dos aspectos fundamentales del mundo artificial: las prácticas técnicas situadas en contextos constreñidos por una determinada cultura material, y las relaciones interobjetivas o intercósicas.

El esbozo de conceptos y problemas presentado en este trabajo, como se ha observado, tiene un carácter más bien preliminar. Pretende servir como puntapié para el esclarecimiento de los conceptos necesarios y la búsqueda de bases teóricas para la constitución de una filosofía de la cultura material que pueda diferenciarse –tanto metodológica como conceptualmente– de la “filosofía de los artefactos” y de las macroteorías de siglo XX. Si bien se trata de un esbozo inicial minimalista, es interesante en este punto identificar algunos desafíos que se abren para una teoría de la hibridación de este tipo.

Un primer problema está constituido por su transversalidad disciplinar. La dificultad radica en una suerte de pérdida de las fronteras disciplinares de la filosofía de la técnica. En rigor, enunciado bajo esta forma, tal dificultad afecta a cualquier investigación en las distintas ramas de la filosofía, las cuales pueden ser más o menos propensas a aceptar aportes empíricos de otras ciencias o bien aportes conceptuales de otras subdisciplinas filosóficas. Es decir, en sí mismo no sería un problema genuino. O al menos no un problema exclusivo de un proyecto de estas características. Una segunda dificultad está atada a la eficacia argumentativa del uso de categorías monistas o no dualistas. Efectivamente, cuando tales categorías se sumergen en un contexto de discusión vertebrado a partir de oposiciones binarias (tecnología/sociedad, materia/mente, etc) es dable pensar que

Filosofía de la cultura material e hibridación entre humanos y ambientes.
Un esbozo inicial del ámbito de interrogación

dichas nociones puedan perder parte de su efectividad para captar fenómenos. Una tercera dificultad está relacionada con la selección de objetos prototípicos de análisis para una perspectiva teórica de la hibridación. Efectivamente una perspectiva como esta quizá pueda tener aproximaciones fructíferas a fenómenos como virus o bioartefactos (cereales o animales de granja), pero sería importante determinar si también permite abordar apropiadamente a fenómenos más bien recientes tales como los algoritmos, los archivos digitales o las plataformas, por citar solo tres palabras clave en la discusión contemporánea.

Más allá de estos desafíos, creemos que la propuesta de una teoría de la hibridación encuadrada en el marco más amplio de una filosofía de la cultura material es un aporte disciplinar relevante en este momento histórico definido también por eventos manifiestamente híbridos como el antropoceno y el colapso ecológico.

Bibliografía

Baker, L. (2007): *The metaphysics of everyday life. An essay in practical realism*, New York, Cambridge University Press.

Broncano, F. (2000): *Mundos artificiales*, México, Paidós.

Broncano, F. (2008): "In media res: cultura material y artefactos", en *Artefactos*, N° 1, pp. 18-32.

Broncano, F. (2012): *La estrategia del simbiote. Cultura material para nuevas humanidades*, Salamanca, Delirio.

Broncano, F. (2020): *Espacios de intimidad y cultura material*, Madrid, Cátedra.

Carroll, T. et al (2017): "Introduction: Towards a general theory of failure", en Carroll, T. et al, (eds.) *The material culture of failure. When Things do wrong*, Londres, Bloomsbury.

Cummins, R. (1975): "Functional Analysis", en *The Journal of Philosophy*, Vol. 72, pp. 741-764.

Delanda, M. (2021): *Teoría de los ensamblajes y complejidad social*, Buenos Aires, Tinta Limón.

Elder, C. (2007): "On the place of artifacts on ontology", en Margolis, E. y Laurence, S. (eds.). *Creations of the mind. Theories of artifacts and their representation*, New York, Oxford University Press.

Fausto, C. (2020): *Art effects. Image, Agency, and Ritual in Amazonia*, Nebraska, University of Nebraska Press.

Feenberg, A. (1999): *Questioning technology*, New York, Routledge.

Filosofía de la cultura material e hibridación entre humanos y ambientes.
Un esbozo inicial del ámbito de interrogación

Fernández, N. (2022): "Coevolución", en Parente, D., Berti, A. y Celis, C., (coords.), *Glosario de Filosofía de la técnica*, Buenos Aires, La Cebra, pp. 95-98.

Griffiths, P. (1993): "Functional Analysis and Proper Functions", *The British Journal of Philosophy of Science*, Vol. 44, pp. 409-422.

Hilpinen, R. (1993): "Authors and Artifacts", *Proceedings of the Aristotelian Society*, Vol. 93, pp. 155-178.

Houkes, W. y Vermaas, P. (2010): *Technical functions. On the use and design of artefacts*, Nueva York, Springer.

Houkes, W. (2006): "Knowledge of artefact functions", *Stud. Hist. Phil. Sci.*, Vol. 37, pp. 102-113.

Jonas, H. (1968): "Biological Foundations of Individuality", *International Philosophical Quarterly*, Vol. 8, N° 2.

Kapp, E. (2018): *Elements of a philosophy of technology*, Londres, University of Minnesota Press.

Kirsh, D. (2010): "Explaining Artefact Evolution", en Malafouris, L. y Renfrew, C. eds., *The cognitive life of things. Recasting the boundaries of the mind*, Cambridge, University of Cambridge.

Kroes, P. (2012): *Technical artifacts. Creations of mind and matter*, New York, Springer.

Kroes, P. y Meijers, A. (2002): "The dual nature of technical artifacts: presentation of a new research programme", *Techné*, Vol. 6, N° 2, pp. 4-8.

McLaughlin, P. (2003): *What functions explain. Functional explanation and self-reproducing systems*, New York, Cambridge University Press.

- Miller, D. (2005) (ed.): *Materiality*, Londres, Duke University Press.
- Millikan, R. (1999): "Wings, Spoons, Pills and Quills: A Pluralist Theory of Function", *The Journal of Philosophy*, Vol. 96, N° 4, pp 191-206.
- Morton, T. (2018): *Hiperobjetos. Filosofía y ecología después del fin del mundo*, Buenos Aires, A. Hidalgo.
- Parente, D. (2022): "Afinidades intercósicas", en Parente, D., Berti, A. y Celis, C. (coords.), *Glosario de Filosofía de la técnica*, Buenos Aires, La Cebra, pp. 33-36.
- Parente, D. y Crelier, A. (2015): *La naturaleza de los artefactos. Intenciones y funciones en la cultura material*, Buenos Aires, Prometeo.
- Parente, D. y Vaccari, A. (2019): "El humano distribuido. Cognición extendida, cultura material y el giro tecnológico en la antropología filosófica", en *Revista de Filosofía, Univ. Complutense de Madrid*, Vol. 44, N° 2, pp. 279-294.
- Parente, D. y Vaccari, A. (2022): "Hacia una teoría de los artefactos como realizadores", en *Contrastes*, Vol. 27, N° 3, pp. 97-114.
- Petroski, H. (1992): *To engineer is human. The role of failure in successful design*, New York, Vintage Books.
- Piredda, G. (2020): "What is an affective artifact? A further development in situated affectivity", en *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, Vol. 19, N° 3, pp. 549-567.
- Preston, B. (1998): "Why is a wing like a spoon? A pluralist theory of function", en *The Journal of Philosophy*, Vol. 95, N° 5, pp. 215-254.